

EL GALLO Y EL RAPOSO

(FÁBULA IMITADA DE LAFONTAINE)

Un hermosísimo gallo picoteaba gozoso en un montón de fieno.

Acercósele un raposo con todas las precauciones imaginables para evitar que se alarmara y engolosinándole con palabras de miel.

—Soberbia estampa,—le dijo—qué guapo, qué gentil, y qué arrogante estais. Teneis una voz tan sonora que jamás ave alguna del paraíso ha cantado como vos, y únicamente vuestro padre, á quien conocí, os superaba en la expresión de la misma, porque cerraba los ojos al emitir un dulcísimo acento.

—¡Oh!—contestó el vanidosísimo gallo,—si no es más que eso, pronto subsanaré la falta imitándole, y con los ojos cerrados batiendo fuertemente sus alas prorrumpió en un estridente *ku...ku...rru...ku*.

Aprovechó este descuido el raposo para lanzarse al cuello del gallo y con éste á rastras escapar hácia el bosque, pero al paso por un sendero descubierto le apercibieron los perros de unos pastores y se lanzaron en su persecución.

—No te apures—le decía el gallo,—que tuyo y muy tuyo soy puesto que me he dejado sorprender, mas gritales á esos canes:

«Este gallo es mio y no lograréis quitármelo.»

El raposo quiso poner en práctica el consejo y para ello hablar apresuradamente, pero al abrir la boca, se le escapa el gallo de entre las fauces y de un vuelo se pone fuera de su alcance sobre la rama de un árbol.

El raposo, estupefacto, se paró á contemplar su escapada presa, y convencido de la estratagemata del gallo exclamó lleno de ira y rabia:

—¡Maldita sea la boca que habla cuando debiera callar!

—¡Maldito sea—le respondió el gallo,—el ojo que se cierra cuando debiera estar más vigilante!

La moraleja es digna de que se aplique á los hombres que hablan cuando debieran callar y permanecen mudos cuando debieran hablar.

ALFREDO DE LAFFITTE.

¡A LA GUERRA!

Episodio euskalduna

I

Aquel día Ramón, desesperado, abatido, abandonó la yunta, se sentó á la sombra de un castaño y con un movimiento de rabia se mesó los cabellos gritando: ¡Ya no puedo más! Y como si con esta exclamación hubiese desahogado su dolor, se quedó anonadado y silencioso. Sólo su alma estaba como un mar tempestuoso donde los pensamientos chocaban, se confundían, se desvanecían y volvían á aparecer otra vez agrandándose más y más. El pobre Ramón creía volverse loco. Entre las hojas del castaño; un mirlo escondido empezó á cantar. Ramón levantó maquinalmente la cabeza y escuchó el cántico. Aquel momento tranquilizó la tempestad de su alma, y en medio de la calma del espíritu surgió un pensamiento que, elevándose, apareció como el único apoyo al cual pudiera asirse aquel pobre náufrago de la desesperación. Así lo hizo Ramón y como si ya estuviese á salvo, se tranquilizó por momentos y levantándose, dijo friamente:

—Es el único remedio... Iré: ó me matarán ó volveré hecho un hombre.

Y sin hacer caso de la yunta subió por un ribazo, atravesó unos maizales y llegó á la muralla de un huerto de un caserío, escondido